



EL BARCO
DE VAPOR

Pablo Diablo y la bomba fétida

Francesca Simon

Ilustraciones
de Tony Ross



SERIE PABLO DIABLO

sm

Primera edición: octubre de 2003

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Horrid Henry's Stinkbomb*
Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2002
por Orion Children's Books.

© del texto: Francesca Simon, 2002
© de las ilustraciones: Tony Ross, 2002
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-7959-8
Depósito legal: M-7807-2015
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Joshua.

ÍNDICE



1

Pablo Diablo lee, 9

2

Pablo Diablo y la bomba fétida, 31

3

Pablo Diablo y el trabajo de clase, 49

4

Pablo Diablo se queda a dormir, 73





PABLO DIABLO LEE

BLA BLA BLA BLA BLA...

La señorita Agripina Guillotina seguía enrollándose, dale que te pego. Pablo Diablo hacía dibujos de cocodrilos zampándose un sabroso aperitivo de Agripina Guillotina en su libro de matemáticas.

¡Zasca! Fuera cabeza.

¡Ñaca! Adiós pierna.

¡Chasca! Dientes crujientes.

Ñam ñam. Al cocodrilo de Pablo se le notaba una sonrisa de satisfacción.

Bla bla bla libros, bla bla bla leer, bla bla bla premio, bla bla bla...

... ¿PREMIO?

Pablo Diablo dejó de hacer garabatos.

–¿Qué premio? –gritó.

–Pablo, no hables a gritos –dijo la señorita Guillotina.

Pablo Diablo agitó la mano y aulló:

–¿Qué premio?

–Mira, Pablo, si en lugar de hacer garabatos hubieras estado atento, lo sabrías. ¿No crees? –dijo la señorita Guillotina.

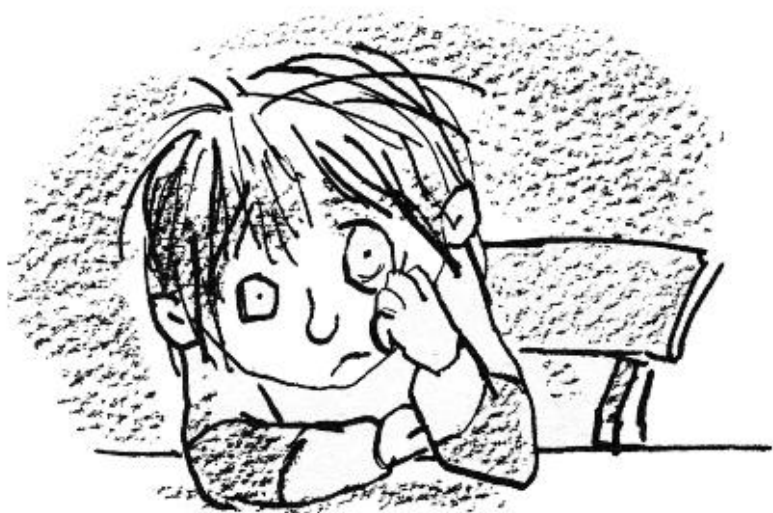
Pablo Diablo frunció el ceño. Lo típico de los profesores. Te interesas por lo que dicen lo suficiente como para preguntarles y, de repente, no quieren contestarte.

–Así que, como os iba diciendo antes de que me interrumpieran de forma tan grosera –dijo fulminando a Pablo con la mirada–, si vais a participar en el concurso de lectura, tenéis dos semanas para leer todos los libros que podáis. Y el que haya leído más libros ganará un premio estupendo. Un premio estupendísimo. Pero ojo: no olvidéis que hay que

entregar un informe sobre cada libro que pongáis en la lista.

Ah, ya. Un concurso de lectura. Pablo Diablo se derrumbó en su silla. Puff. Leer era un trabajo duro y pesado. Solo el pasar las páginas le hacía sentirse agotado. ¿Por qué no harían alguna vez concursos divertidos, como a ver quién hacía más ruido con la tripa, o quién gritaba más fuerte en clase, o quién sabía soltar más tacos? Ese era el tipo de concursos que podía ganar Pablo de todas todas.

Pero no. La señorita Guillotina no organizaría un concurso divertido jamás de los jamases. Y en un concurso de lectura él no tenía la menor posibilidad. Debería limitarse a contemplar cómo Clarisa la Monalisa o Benito el Cerebritito se apoderaban inmerecidamente del premio mientras él se quedaba sentado al fondo de la clase, despreciado total.



–¿Cuál es el premio? –voceó Marga Caralarga.

Probablemente sería algo impresentable, tipo estuche para lápices, pensó Pablo Diablo. O un paquete de servilletas de papel con el nombre del colegio.

–¡Caramelos! –gritó Hilarión el Tragón.

–¡Un millón de euros! –gritó Renato el Mentecato.

–¡Ropa! –gritó Violeta la Coqueta.

–¡Un monopatín! –gritó Bautista el Velocista.

–¡Un hámster! –dijo Andrés Pesteapiés.

–¡Silencio! –rugió la señorita Guillotina–. El premio es una entrada familiar para un nuevo parque temático.

Pablo Diablo se incorporó. ¡Un parque temático! ¡Qué bárbaro! ¡Con lo que le gustaban a él los parques de atracciones! ¡Montañas rusas! ¡Toboganes acuáticos! ¡Algodón dulce!

Sus mezquinos y tacaños padres nunca le llevaban a parques de atracciones. Le obligaban a ir con ellos a ver museos. Le arrastraban a interminables excursiones a pie. Pero si ganaba el concurso tendrían que llevarle.

Tenía que ganar aquel premio. A toda costa. Pero... ¿cómo podría ganar un concurso de lectura sin leer un solo libro?

–¡Cuentan los tebeos? –gritó Renato el Mentecato.



El corazón de Pablo Diablo dio un brinco. ¡Él era el rey de los lectores de tebeos! Un concurso de leer tebeos era algo que podría ganar con toda facilidad. Los ojos pequeños y brillantes de la señorita Guillotina miraron con ferocidad a Renato.

—¡Pues claro que no! —dijo—. Clara, ¿cuántos libros crees que podrás leer?

—Quince —dijo Clarisa la Monalisa.

—¿Y Benito?

—Dieciocho —dijo Benito el Cerebritito.

—Diecinueve —dijo Clarisa.

—Veinte —dijo Benito.

Pablo Diablo sonrió. ¡Menuda sorpresa se iban a llevar cuando vieran que el premio

se lo llevaba él! Empezaría a leer en el momento mismo en que llegase a casa.

Pablo Diablo se repanchigó en el supercómodo sillón negro y encendió la tele. Le sobraba tiempo para leer. Empezaría mañana.

Martes. ¡Vaya, hombre! ¡Cinco tebeos nuevos! Sería mejor leerlos primero y ya empezaría con los dichosos libros más tarde.

Miércoles. ¡Yupiii! Un programa especial de Max, el Mutante Alucinante, en la tele! Estaba claro que no empezaría a leer hasta más adelante.



Jueves. Renato el Mentecato apareció con su nuevo superjuego de ordenador *¡Atácalos! ¡Machácalos!* Pablo atacó y machacó, atacó y machacó...

Viernes. Bostezo.

Pablo Diablo estaba exhausto tras su larga y agotadora semana. Ya leería toneladas de libros al día siguiente. Al fin y al cabo, faltaba mogollón para que terminase el concurso.

–¿Cuántos libros has leído, Pablo? –preguntó Roberto, el niño perfecto, desde el sofá.

–Montones –mintió Pablo.

–Yo he leído cinco –dijo Roberto con orgullo–. Más que ninguno de mi clase.

–Bien por el nene –dijo Pablo.

–Lo que pasa es que me tienes envidia –dijo Roberto.

–Yo jamás te he tenido envidia, gusano –le soltó Pablo acercándose al sofá–. ¿Se puede saber qué estás leyendo?

–*Qué pañal tan ideal* –dijo Roberto.

¡Qué pañal tan ideal! Solo a Roberto se le ocurriría leer un libro tan estúpido.

–¿De qué trata? –gruñó Pablo.

–Es estupendo –dijo Roberto–. Trata de un pañal que... –se detuvo–. No, a ti no te lo pienso contar. Quieres saberlo para usarlo en el concurso, ¿no? Además, ya es demasiado tarde. Mañana es el último día.

Pablo Diablo tuvo la sensación de que le daban una puñalada en el corazón. No era posible. ¡Mañana! ¿Cómo era posible que mañana hubiera llegado tan pronto?

–¿Qué dices? –aulló Pablo–. ¿Que el concurso termina... mañana?

–Sí –dijo Roberto–. Deberías haber empezado a leer antes. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy, ya sabes.

–¡Cállate! –gritó Pablo Diablo.

Miró ferozmente a su alrededor. ¿Qué hacer, qué hacer? Tenía que leer algo, cualquier cosa... Y de prisa.

–¡Dame eso! –rugió, arrancándole el libro de las manos a Roberto. Se puso a leerlo frenéticamente:

–«En general me siento fatal», dijo el pañal al costal, «porque un pañal ideal es algo fenomenal...».

Roberto, el niño perfecto, se agarró a su libro de un manotazo.

–¡No! –dijo tirando de él con todas sus fuerzas–. ¡Es mío!

Pablo le dio un empujón.

–¡Es mío!

–¡Mío!



Raa...aass

–¡MAMÁAAA! –aulló Roberto–. ¡Pablo ha roto mi libro!

La madre y el padre de Pablo y Roberto corrieron a la habitación.

–¿Os estáis peleando... por un libro? –dijo la madre. Y se sentó en una silla–. No tengo palabras –musitó por fin.

–Pues yo sí –dijo el padre–. ¡Pablo! ¡Vete a tu cuarto!

–¡Vale! –rugió Pablo.

Pablo Diablo daba vueltas y más vueltas a su habitación. Tenía que ocurrírsele algo. Y deprisa.

¡Ajajá! El cuarto estaba lleno de libros. Haría una lista de un montón de títulos y en paz. Facilón chimpón. Suspiró con alivio.

Y de pronto Pablo Diablo recordó algo. Debía escribir un informe por cada libro que leyese. Qué plasta. Y la señorita Guillotina

conocía mogollonazo de libros. Seguro que se sabía de memoria el argumento de *Arturo el Canguro* o el de *Las aventuras de Enriqueta la Servilleta*.

Tendría que hacerse con la lista de Roberto.

Pablo Diablo se coló furtivamente en el cuarto de Roberto. En el centro de la impecable mesa de Roberto estaba la impecable lista de Roberto para el concurso. Pablo la leyó.



Naturalmente, el favorito de Roberto, el aburrido y horroroso *Ratoncito va a la ciudad*, no podía faltar. Se preguntó si él sería capaz de vivir con la vergüenza de incluir libros

para nenes como *Qué pañal tan ideal* y *Ratoncito va a la ciudad* en su lista del concurso.

Cualquier cosa por un día en un parque de atracciones.

Copió velozmente la lista y los informes de lectura de Roberto. ¡Yupiiii! Ya tenía cinco libros. «Tobogán de la muerte, ya eres mío», pensó Pablo.

Pero enseguida se enfrentó con la terrible verdad.

Los libros de Roberto no bastarían para ganar. Había oído que Clarisa la Monalisa llevaba ya diecisiete. Si por lo menos no tuviera que escribir los dichos informes de lectura... ¿Por qué demonios la señorita Guillotina tendría que conocer todos los libros que existen?

Y de pronto Pablo tuvo una idea brillante y espectacular. Tan brillante y tan sencilla que el propio Pablo se quedó asombrado. Pues claro que había libros que la señorita Guillotina no conocía: ¡los libros que nunca se ha-